

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Fabio Wasserman, comp. *El mundo en movimiento. El concepto de revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos XVII – XX)* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2019).

Alejandro Pautasso

*Universidad de Buenos Aires - Instituto de Historia
Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” / CONICET
juanalejandropautasso@gmail.com*

*Fecha de recepción: 15/10/2019
Fecha de aprobación: 03/12/2019*



Todos los conceptos en los que se agrupa semióticamente un proceso completo escapan a la definición; sólo puede definirse lo que no tiene historia”¹ este es un argumento de Nietzsche que se convierte en piedra angular de la obra de Reinhart Koselleck. La misma sintetiza el espíritu que recorre el volumen compilado por Fabio Wasserman que se encarga de investigar el despliegue de la historia del concepto de *revolución*, entre los siglos XVII y XX, en Inglaterra, Francia, la península Ibérica, Estados Unidos, las Antillas francesas, Brasil y parte de hispanoamérica. La virtud del libro radica en

1 Luis Fernández Torres, "Un texto fundacional de Reinhart Koselleck: introducción al 'Diccionario' histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento*, no. 223 (2009): 102.

tomar el método de Koselleck como punto de partida, lo que habilita un análisis que evita la linealidad y la utilización de tipos ideales. Las conclusiones a las que llegan los autores no se encuentran presupuestas de antemano, sino que son el resultado de una doble indagación. Por un lado, derivan de poner a prueba las hipótesis de la historia conceptual en los diversos espacios y tiempos considerados. Por el otro, proceden de la restitución de la dimensión histórico-temporal al estudio del lenguaje, lo cual sortea una argumentación teleológica respecto al significado del concepto *revolución*, pues éste nunca llega a cristalizarse en una definición.

El mundo en movimiento. El concepto de revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglo XVII - XX) se inscribe en la estela de las prolíficas reflexiones historiográficas que han tenido lugar en el transcurso de los diversos bicentenarios en el mundo ibérico e hispanoamericano. En gran medida es un libro tributario del proyecto Iberconceptos (Proyecto y Red de Investigación en Historia Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano) el cual tiene por objetivo investigar desde una mirada transnacional y comparativa los conceptos y lenguajes políticos centrales que se desarrollaron y circularon a través del mundo iberoamericano desde el siglo XVIII en adelante. Koselleck se encuentra en el corazón de este proyecto, pues el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*² fruto de la participación de decenas de historiadores sigue el modelo alemán del *Geschichtliche Grundbegriffe*.³ El volumen compilado por Wasserman convoca a una reflexión en esta misma línea, que además incorpora nuevas geografías y temporalidades. Esto se refleja en la inclusión de capítulos que estudian la Revolución Gloriosa, Revolución norteamericana, Revolución francesa y la revolución en las Antillas francesas. Espacios, tiempos y procesos que trascienden el marco postulado desde Iberconceptos.

Desde un punto de vista historiográfico el libro encuentra cierta insatisfacción en los modos en los que se ha abordado el estudio sobre los fenómenos revolucionarios en la “era de las revoluciones”⁴ (último tercio del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX). Las matrices explicativas

2 Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, vol. I (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009).

3 Otto Brunner, Werner Conze, Reinhart Koselleck (dirs.), *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. 8 vols. (Stuttgart: Klett-Cotta, 1972-1997).

4 Eric Hobsbawm, *La era de la Revolución, 1789 - 1848* (Buenos Aires: Crítica, 2007).

que se adoptaron han oscilado entre la mirada nacional, donde se destacan los recorridos particulares y las excepcionalidades de cada territorio, y la perspectiva estructural, afín mayormente al marxismo, que se enfoca en los elementos comunes que operan en los diferentes espacios. Dentro de este marco las revoluciones hispanoamericanas han quedado en las sombras porque se han considerado procesos truncos, incompletos o fallidos. Sin embargo, el cimiento común sobre el que se erigen estas investigaciones es la ausencia de un consenso sobre el criterio, modelo o definición de revolución que se utilizó y utiliza como parámetro para establecer qué es y qué no es un fenómeno revolucionario.

Los diez capítulos que se presentan tiene la virtud de no permanecer sólo en la denuncia crítica, sino que desarrollan una propuesta que a partir de una transformación en la posición de la mirada sobre las revoluciones permite observar y comprender estos fenómenos bajo un nuevo haz de luz. La argumentación de la obra se construye de modo inverso al que usualmente se aborda el estudio de las revoluciones pasadas, pues antes que asumir una definición (ideológica) o un tipo ideal para analizar su curso y determinar su naturaleza, se examina “cómo procesaron los actores a las experiencias revolucionarias y, más precisamente, cómo utilizaron el concepto de *revolución*” (p. 18). En este sentido, los autores se sumergen en el análisis del universo del lenguaje y sus usos para captar la experiencia subjetiva de los actores históricos con el fin de poder restaurar aquello que parece comprobarse a lo largo de las páginas del volumen: las revoluciones trastocan y transforman el modo de percibir la realidad de manera radical. Es en el empleo de las palabras durante esos períodos de convulsión que se manifiesta el efecto de ruptura, cuando la realidad deja de ser aprehensible con los términos que se encontraban a disposición de los sujetos hasta ese momento. El término *revolución* en Iberoamérica y el Atlántico norte se erige en un faro privilegiado para estudiar la complejidad de este fenómeno, que si bien implica transformaciones, no desconoce continuidades. Este tiene la particularidad de constituirse en un *concepto histórico fundamental* lo cual implica que “dirige e informa por entero el contenido político y social de una lengua” (p. 20).

La singularidad del hilo conductor de la obra radica en la adopción de las herramientas heurísticas de la escuela alemana de historia conceptual (*begriffsgeschichte*). Los procedimientos

que se implementan permiten abordar el concepto de *revolución* desde una perspectiva que le devuelve su dimensión histórica, ya que el lenguaje no es transparente ni evidente en sus significados. Para lograr este cometido se exploran, restituyen, estudian y examinan un conjunto variopinto de fuentes: periódicos, debates parlamentarios, diccionarios, imágenes, ensayos políticos, actas, leyes, panfletos. Este exhaustivo repertorio es crucial para lograr el tipo de análisis teórico-metodológico que requiere la historia conceptual, ya que no sólo se estudian las voces que se ponen en juego, sino también las variaciones en el campo semántico.

La *begriffsgeschichte* sostiene la necesidad de realizar una investigación tanto sincrónica como diacrónica. Este modo de aproximarse al idioma permite comprender el por qué una *palabra* como *revolución* se convirtió en un *concepto*. Este último se caracteriza por condensar significados, ser polémico y polisémico en sus usos, permaneciendo siempre inestable, pero a la vez operando como un punto de apoyo que al moverse modifica todo a su alrededor. Además, la naturaleza que posee el concepto desde la perspectiva de Koselleck reside en que no sólo ofrece una referencia de la realidad histórica, actuando como índice, sino que además oficia como factor de la misma, pudiendo darle forma. Por un lado, tiene la capacidad de describir la realidad. Por el otro, el concepto modela la realidad.

El público al que se encuentra dirigido el volumen no parece caer por fuera del campo de los historiadores. El especialista en historia conceptual se encontrará con estudios que aplican de manera rigurosa la propuesta de la *begriffsgeschichte*. Sin embargo, el libro no excluye a los historiadores expertos en otras áreas o temporalidades que buscan aproximarse a los estudios conceptuales. Esto se aprecia en la escritura de cada capítulo donde se reponen los contextos históricos y en la presentación que nos brinda Wasserman, quien se encarga de exponer los contenidos mínimos necesarios para poder comprender el planteo teórico-metodológico que se vislumbra a lo largo de la obra.

En cuanto al tipo de lectura que habilita el libro, se pueden trazar dos caminos. Por un lado, al ser una compilación los capítulos tienen un cierto grado de autonomía que se adecua bien a una lectura individual de los mismos. Por el otro, el volumen tiene una unidad que se establece porque los procesos históricos se encuentran interrelacionados entre sí a partir de los actores, problemas,

modelos, discursos y lenguajes que comparten. Una lectura desde la primera hasta la última página da cuenta de que existe una trama común que subyace a la configuración de *revolución* en un concepto.

El trazado que se observa en el diseño del libro pone en evidencia de que posee una consistencia y congruencia brindada por la metodología que hilvana los estudios, pero también despliega análisis de temáticas, cronologías, territorios y circunstancias históricas que son singulares. Nicolás Kwiatkowski centra su investigación en el siglo XVII inglés, enfocándose en el estudio del período 1640 – 1660 como antesala de la Revolución Gloriosa. A partir de un examen arduo de sermones, ensayos políticos y las obras de los historiadores Vernon Snow, Christopher Hill y Ian Rachum, establece la relevancia que esas décadas poseen para comprender el viraje que tiene lugar en el lenguaje político. Marcos Reguera aboca sus líneas al estudio de la Revolución norteamericana. Allí encuentra que si bien *revolución* buscó adecuarse a los sucesos, en principio manifestó cierta insuficiencia para expresar los cambios sociales y políticos que se estaban viviendo. En su lugar, *experimento* fue el concepto del que se sirvieron los Padres. En la última década del siglo XVIII tanto uno como el otro se superpusieron y coincidieron en sus usos y significados. No obstante, la investigación muestra que la Revolución francesa tendría un impacto tal que hizo de *revolución* un concepto ineludible, el cual terminaría absorbiendo los sentidos expresados en *experimento*.

Jacques Guilhaumou se encarga del proceso que más incidencia tiene en la transformación del concepto de *revolución* a nivel occidental: la Revolución francesa. Presenta una indagación desde la escuela de análisis del discurso francesa, la cual a la vez que complementarse con la *begriffsgeschichte* alemana, hace uso de otras herramientas heurísticas como las *nociones-concepto*. Estos se caracterizan por prestar atención al trasfondo social, tanto individual como colectivo, de las coyunturas de creatividad del lenguaje, siendo los acontecimientos que se despliegan a partir de 1789 un buen laboratorio de observación. Además, propone visitar las décadas de 1770 y 1780 desde una perspectiva discursiva para comprender cómo se preparan los cimientos que se desplegarán en la última década del siglo XVIII. El proceso que se desata en las Antillas francesas a partir de la revolución que tiene lugar en la metrópoli es analizado por Alejandro Gómez. Su estu-

dio establece un recorrido más al ras de la historia social, haciendo hincapié en los conflictos étnicos que se desatan como efecto de los sucesos franceses en las Antillas, y viceversa. El autor prueba que ambos espacios se hallaban imbricados, lo que habilita a pensar la unidad del proceso histórico a ambas costas del Atlántico.

Las indagaciones para el espacio de la península Ibérica se inician con la investigación conjunta de Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel para el territorio español. Se fija la mirada sobre el vocablo *revolución* en un arco temporal de larga duración que abarca todo el siglo XIX. A través de un análisis incisivo de un corpus, que además tiene la originalidad de incluir fuentes pictóricas, se confirma que el concepto aumenta su polisemia a medida que avanza el siglo. La valoración positiva o negativa que se realiza varía en función de la época y los actores históricos, exponiendo una inestabilidad intrínseca que permite que se dispute su sentido en el tiempo. Fátima Sá e Melo Ferreira se encarga del caso portugués entre 1770 y 1870, mostrando cómo los diversos actores socio-políticos luchan por el uso del término entre connotaciones positivas y negativas. Durante el trienio liberal de 1820-1823 se destaca la apropiación del concepto por parte de los sectores conservadores, mientras que los liberales utilizaron los términos *restauración* y *regeneración*. El punto de inflexión respecto de la generalización en el uso de *revolución* se dará en la década siguiente, aunque persistirá, al igual que para el caso español, su carácter polémico.

Los cuatro capítulos finales del volumen posan sus ojos sobre el continente americano. Para el Río de la Plata, Fabio Wasserman propone trazar su análisis entre las reformas borbónicas y mediados del siglo XIX, situando el énfasis en el quiebre e importancia que representa la Revolución de Mayo como mito de origen. Desde 1810 en adelante, el término en cuestión fue ganando densidad y abstracción. Tanto es así, que quienes leyeron el pasado cuando se estaba sancionando la Constitución de 1853 consensuaron que la Revolución de Mayo era central para pensar la identidad de la nación. Aquello que quedaría en el tintero sería el desenlace de la disputa por la interpretación y apropiación de la revolución rioplatense. Alexander Chaparro Silva detiene su mirada en Tierra Firme (territorios actuales de Colombia y Venezuela) para estudiar cómo el concepto de *revolución* se fue configurando de modo ambivalente al calor de las marchas y contramarchas que

afectaron la construcción de las nuevas comunidades políticas que en algún momento supieron estar unidas —la Gran Colombia— para luego devenir en caminos separados. El territorio de México es tratado por Guillermo Zermeño, quien en una propuesta cronológica de casi dos siglos (1780 - 1950) tiene el desafío de explicar la conformación de la noción de *revolución* durante la época colonial novohispana, luego la transformación que implicó el proceso independentista, y su posterior reconfiguración a la luz de los eventos de 1910. Por último el capítulo décimo, conjuntamente redactado por Joao Paulo Pimenta y Rafael Fanni, desarrolla el análisis de *revolución* entre el ocaso del siglo de las luces y el siglo XXI. La argumentación recorre el concepto, tanto en su condición de índice como de factor de la realidad, destacando la centralidad que tiene para comprender la historia de Brasil.

Al finalizar la lectura de la obra, podemos repensar el hilo conductor que encontramos en la reflexión de Nietzsche sobre la imposibilidad de definir un concepto. Esto abre la oportunidad de aprehender la dimensión histórica de *revolución*, resquebrajando la naturalización del lenguaje. Este suelo común a los procesos examinados permite extraer balances en términos abarcativos y generales. En los diccionarios de los siglos XVII y XVIII la entrada *revolución* aparecía con al menos dos grandes acepciones. Por un lado, remitía al universo de la astronomía, haciendo referencia al movimiento circular de los cuerpos celestes. La traslación que presentaban al observador era estable, predecible, reiterada y periódica. Por el otro, existía un uso que se gestó a partir del Renacimiento el cual aludía a la esfera de la política. Este daba cuenta de una transformación gubernamental, fuese súbita o violenta, o al proceso que implicaba un ciclo completo de caída y restauración de un gobierno. Ambos significados descansaban sobre una concepción del tiempo en el cual pasado, presente y futuro no se discernían como momentos distanciados. Esto se plasmaba en la noción misma de “historia” como *magistra vitae*, donde el pasado era un reservorio de enseñanzas y ejemplos para el presente y el futuro.

La Revolución francesa jugó un papel central en la transformación del concepto. Si bien no era la primera vez que esto ocurría, pues el siglo XVII inglés pasó por un fenómeno similar, el caso galó generó una extendida dislocación en la relación entre la realidad y el lenguaje. Esto se observó en la multiplicación de los usos y significados que fue adquiriendo *revolución*, fenómeno que

tuvo ecos que resonaban en Europa y América. Los eventos que se inauguraron en 1789 brindaron una experiencia que se convirtió en modelo, valorado positiva o negativamente, imposible de eludir para las futuras generaciones que atravesaron por procesos de mutaciones político-sociales.

Entre la última década del siglo XVIII y los primeros decenios del siglo XIX, *revolución* pasó de ser una palabra a convertirse en un concepto. Amplió sus campos semánticos. Impregnó el lenguaje como adjetivo, verbo, sustantivo y hasta se personificó con intenciones y objetivos propios. Incorporó todas las experiencias revolucionarias de los tiempos pretéritos, presentes y del porvenir, erigiéndose como un *singular colectivo*. Esto era correlativo a la aparición de un nuevo régimen de temporalidad, en el cual el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa se alejaban, lo que permitía introducir la noción de cambio radical, la posibilidad de un futuro que no se reflejase en el espejo del pasado. Así, *revolución* se fue apartando del significado relativo a un movimiento circular, predecible y repetitivo, para asumir un sentido de corte drástico.

La reconfiguración de las comunidades políticas en la península Ibérica y el continente americano en los albores del siglo XIX, si bien con caminos divergentes y sinuosos entre sí, fueron un laboratorio experimental no sólo institucional sino también a nivel del vocabulario. A medida que avanzaba el siglo, y con ritmos desiguales según el lugar, *revolución* se iría convirtiendo en un *concepto político fundamental*. Esto terminaría teniendo repercusiones cruciales durante el proceso de formación de los Estados nacionales, cuando diversos proyectos se encontraban todavía en disputa. Cada uno de estos programas implicaba relatos y narraciones históricas en los cuales se destacaba la dimensión política del lenguaje, lo cual se expresaba en que determinadas expresiones permitían legitimar o deslegitimar procesos anclados en el pasado, cursos de acción presentes y objetivos que se depositaban en un tiempo que todavía no arribaba. *Revolución* era una voz cardinal en estos discursos, que por su condición de concepto koselleckiano, nunca lograría definirse de una vez y para siempre. Por el contrario, los acontecimientos decimonónicos lo arrojaron a una disputa por el significado que jamás se cerraría. Prueba de ello es que la contienda por su sentido, acepción y valor se extiende incluso hasta el presente.